tando la hora en que podría ver á esa señora, y han contestado que á las doce... Ya son las once y cuarto. Ponte el manto y no pierdas un minuto. He almorzado con él. El pobre no comía nada...»

Sin esperar á más razones, Bringas tomó el velo y el mantón que en una silla estaban, y se los puso á ella. Amparo, cada vez más privada de voluntad, de discernimiento y de resolución, dejaba hacer á don Francisco. Este la cogió por un brazo, la llevó hacia la puerta. Salieron, cerraron.

«Porque es tontería—dijo Bringas bajando la escalera,—que te acoquines así, cuando quizás con una palabra... Todavía le encontrarás allí, si no nos descuidamos... Ya sabes: le hablas al corazón. Si hay algo, si hay algún reparillo antiguo, la verdad, Amparo, la verdad siempre por delante. Fíjate bien en el carácter de Agustín, en su rectitud, en el aborrecimiento que tiene á los enredos. La idea de ser engañado le saca de quicio... Perdonará el mayor delito confesado, antes que una trivial falta encubierta. Fíjate bien, y ten alma, ten arranque...»

Oía esto la joven como se oyen zumbidos de tempestad lejana. Iba por la calle como un autómata. Creía que los transeuntes participaban de aquél su afán, que por lo excesivo rayaba en imbecilidad.

«Más prisa, hija, más prisa...—decía Thiers. —Son las doce menos veinte. Tomaremos un coche. Te dejaré en la puerta. No subo contigo, porque para esta entrevista delicada conviene que los dos estéis solitos... Yo me voy á mi oficina.»

Durante la breve travesía en coche, repitióle las mismas exhortaciones una y otra vez. «Cuidado, hija, cuidado... sentimiento y sinceridad... No te aturulles... no te contradigas. Si hay algo, apechuga con ello. Si no hay nada, cébate en los calumniadores: duro en ellos, leña en ellos, firme...»

Llegaron á la calle del Arenal y ambos salieron del coche. En la puerta, Bringas no creyó preciso volver á amonestarla, y cuando la vió subir se fué al Ministerio.

XXXIV

Amparo subió. Viendo aquella puerta de caoba, ancha, barnizada, hermosísima, imaginó la escena que detrás de ella iba á pasar, y las cosas que allí se dirían. Puerta más venerable no había visto nunca. No se le igualaban las de una santa catedral, ni las del palacio del Papa, ni casi casi las del cielo. ¡Dios misericordioso! ¿Sería al fin aquélla la puerta de su casa?

Puso la mano en el tirador de reluciente metal. «¿Será ésta—pensó—la primera y última vez que yo llame aquí?»

No tuvo tiempo de hacer más consideraciones. Felipe abrió la puerta.

«¿Tu amo?...

—No está... Pero pase usted...»

Amparo entró. ¡Y no estaba!... El destino frunció el entrecejo, anunciando un desastre.

Estas bromas del Acaso, ¡qué pesadas son! Estas aparentes discrepancias del reloj eterno, haciendo coincidir unas veces los pasos de las personas, otras no, contrariando siempre los deseos humanos, ya para nuestro provecho, ya en daño nuestro, son la parte más fácilmente visible de la

gran realidad del tiempo. No apreciaríamos bien la idea de continuidad sin estos frecuentes desengranajes de nuestros pasos con la dentada rueda infinita que no se gasta nunca. El Arte, abusando del Acaso para sus fines, no ha podido desacreditar esta lógica escondida, sobre cuyos términos descansa la máquina de los acontecimientos privados y públicos, así como éstos vienen á ser pedestal del organismo que llamamos Historia.

«¿Sabes á dónde ha ido?—dijo la Emperadora pasando al salón.

—A la casa de doña Marcelina Polo, calle de la Estrella. Esta mañana fuí yo á pedir hora, y me dijeron que á las doce.

—¡A las doce!...

—Sí, señora... No sé cómo no le ha encontrado usted. No hace diez minutos que salió. Debe ir ahora por la calle de Hita ó por el callejón del Perro. ¿Ha venido usted por la Costanilla?

—Sí, y en coche.

—Aguárdele usted... no tardará en volver.»

Pasó del salón al gabinete, y luego á otro que era... el suyo. ¡Ironías del hado! Centeno se alejaba...

«Felipe.

—Señorita...

—Nada, nada. Es que...»

Diéronle impulsos de salir otra vez y de volverse corriendo á su casa. Se le representaron en su aturdida mente dos papeles escritos por ella mucho tiempo antes; dos cartas breves, llenas de estupideces y de la mayor vergüenza que se podía concebir... Su corazón no era corazón: era maquinilla loca que corría disparada y se iba á romper de un momento á otro... ¡Adiós, esperanza! En aquel momento, Caballero entraba en el aposento de la mujer de caoba; ambos hablaban...

«Felipe.

—Señorita...

—Me voy... enséñame la salida. No acierto á andar en este laberinto.»

Dió algunos pasos. Las fuerzas le faltaron y dejóse caer en un sillón. Temía perder el conocimiento.

«¿Está usted mala?... ¿Quiere que llame á doña Marta?

—No, por Dios; no llames á nadie. Mira, hazme el favor de traerme un vasito de agua.

—Al momento.»

En el breve rato que Felipe estuvo fuera, Amparo esparció sus miradas por la lujosa habitación en que se hallaba. «Aquí... iba yo á vivir—pensó mientras la pena fiera rechazaba en el fondo de su alma el gozo salvaje que quería entrar en ella.—Aquí dijeron que viviría yo... pues aquí quiero que se acabe mi vida.»

«Gracias—dijo á Felipe, tomando el vaso de agua y poniéndolo sobre la mesa.—Ahora me harás otro favor.

—Lo que usted me mande.

—Pues tendrás la bondad—dijo lentamente la Emperadora, registrando su bolsita y sacando un papel,—de ir á la botica, que está en esta misma calle, dos puertas más abajo... Toma la receta: me traes esta medicina... Es una cosa que tomo todos los días para los nervios, ¿sabes?... Aguarda: ten el dinero... Corre, aquí te espero...

—Voy al momento.»

Desde el pasillo, volvió Centeno apurado y dijo:

«Para que usted no se aburra...

—¿Qué?

—Nada: voy á darle cuerda á la caja de música de los pajarucos. Así se entretendrá usted mientras esté sola.»

Rompió en sonidos tenues la orquesta minúscula, y los pájaros, abriendo sus piquitos y batiendo las alas, parecía que cantaban en aquella floresta encerrada dentro de un fanal. Muy satisfecho de su ocurrencia, Felipe salió.

La desventurada puso su atención en las avecillas durante cortísimo rato. Luego se dió á pensar en su resolución, que era inquebrantable. En cinco minutos concluía todo. Cuando Agustín volviera, la encontraría muerta. ¿Qué diría? ¿Qué haría?... Sin duda vendría furioso, decidido á matarla ó á decirle cosas terribles, lo que era mucho peor que la muerte. ¿Cómo soportar bochorno tan grande?... Imposible, imposible. Matándose, todo acababa pronto. En la preocupación del suicidio no dejó de ocurrírsele la semejanza que aquello tenía con pasos de novela ó teatro, y de este modo se enfriaba momentáneamente su entusiasmo homicida. Aborrecía la afectación. Pero acordándose de las cartas, era tal su horror á la existencia, que no deseaba sino que Felipe volviera pronto para concluir de una vez.

«Cuando Agustín entre, me encontrará muerta.» Esta idea le daba cierto gozo íntimo, indescifrable. Era la última ilusión que, surgiendo de la vida, iba á tener su término y florescencia en los negros reinos de la muerte, como los cohetes que salen echando chispas de la tierra y estallan en el cielo.

«¿Y qué dirá, qué pensará cuando me vea

muerta?... ¿Llorará, lo sentirá, se alegrará?... Porque, de seguro, á estas horas ya lo sabe todo, y me despreciará como se desprecia al gusano repugnante cuando se le pone el pie encima para aplastarlo... Ahora estará viendo las malditas cartas... ¡Virgen de los Dolores, perdóname lo que voy á hacer!»

Los pájaros de cartón, animados por diabólico mecanismo, ponían á esto comentarios estrepitosos con su cantar metálico y aleteaban sobre las ramas de trapo. Era como vibración de aceradas agujas ó alfileres, música chillona que rasgaba el cerebro. Amparo creía tener todos los pájaros dentro de su cabeza. Por un instante la monomanía del suicidio se suavizó, permitiéndole contemplar la bonita habitación. ¡Qué sillería, qué espejos, qué alfombra!... Morirse allí era una delicia... relativa... ¡Oh, María Santísima, si no fuera por aquellas dos cartas...! ¿Por qué no se murió antes de escribirlas?...

En esto llegó Felipe. Traía un frasquito con agua blanquecina y lechosa. Púsola en la mesa, donde estaba aún el vaso de agua con azucarillo y una cuchara de plata.

«¿Se le ofrece algo más?—preguntó alzando un poco la voz, porque la algazara de los pajarillos así lo exigía.

—Haz el favor de traerme un papel y un sobre. Tengo que escribir una carta.

—¿Y tinta?

—O si no lápiz: es lo mismo.

—¿Quiere usted otra cosa?—preguntó Centeno al traer lo que se le había pedido.

—Nada más. Gracias.»

El sabio Aristóteles se fué.

Cuando se encontró sola Amparo, tuvo mo-

mentos de vacilación; pero la idea del suicidio la acometió tras uno de ellos con tanto brío, que quiso poner la muerte entre su vida y su vergüenza. ¡Doña Marcelina... las cartas!... Pensando en esto, paseó agitadamente por la estancia, tapándose ya los ojos, ya los oídos. No veía nada; perdió el conocimiento de todo lo que no fuera su perversa idea; en su cerebro estalló el cataclismo. Sobre el barullo de su razón desconcertada, fluctuaba triunfante la monomanía del morir, dueña ya del espíritu y de los nervios.

¡Momentos de solemne estupor salpicado de aquellas punzantes notas de los pájaros cantores! La demente vertió el agua que estaba en el vaso, y echando en él la mitad del contenido del frasco, se lo bebió... ¡Gusto más raro! ¡Parecía... así como aguardiente...! Dentro de cinco minutos entraría en el reino de las sombras eternas, con nueva vida desligada del grillete de sus penas, con todo el deshonor á la espalda, arrojado en el mundo que abandonaba como se arroja un vestido al entrar en el lecho.

Ocúrrele pasar á la habitación vecina. Es su alcoba. ¡Soberbio, espléndido tálamo! Hay también un sofá cómodo. No bien da cuatro pasos en aquella pieza, advierte en sus entrañas como una pena, como una descomposición general. Cree que se desmaya, que pierde el conocimiento; pero no, no lo pierde. Ha pasado un minuto no más... Pero siente luego un miedo horrible, la defensa de la naturaleza, el potente instinto de conservación. Para animarse dice: «Si no tenía más remedio; si no debía vivir.» La flojedad y el desconcierto de su cuerpo crecen tanto, que se desploma en el sofá boca abajo. Nota opresión grande, ganas de llorar... Con su pañuelo se

aprieta la boca y cierra fuertemente los ojos... Se asombra de no sentir agudos dolores ni bascas. ¡Ah! sí: ya siente unas como cosquillas en el estómago... ¿Padecerá mucho? Empieza el malestar; pero es un malestar ligero. ¡Qué veneno tan bueno aquél, que mata tranquilamente! De pronto se le nubla la vista. Abre los ojos y lo ve todo negro. Tampoco oye: los pájaros cantan lejos, como si estuvieran en la Puerta del Sol... Y entonces el pánico la acomete tan fuertemente, que se incorpora y dice: «¿Llamaré? ¿Pediré socorro? Es horrible... ¡morirme así!... ¡qué pena! ¡y también pecado!...» Escondiendo su rostro entre las manos, hace firme propósito de no llamar. ¿Pues qué, es su muerte acaso una comedia? Después se siente desvanecer... se le van las ideas, se le va el pensamiento, se le va el latir de la sangre, la vida entera, el dolor y el conocimiento, la sensación y el miedo; se desmaya, se duerme, se muere... «¡Virgen del Carmen—piensa con el último pensamiento que se escapa,—acógeme!...»

XXXV

No se sabe á punto fijo por qué conducto entraron en el espíritu del buen Caballero las sospechas, y tras las sospechas, algo que las confirmaba: noticias, datos y referencias. Créese que el llamado Torres fué quien llevó el cuento desde la Costanilla al escritorio de Mompous, y que el Mompous lo transportó luego con acento catalán á los propios oídos de Agustín, justificándose con las razones adecuadas al caso... Lo hacía movido de amistad, para ponerle en guardia. Quizás

era calumnia; pero como la especie corría, conveniente era notificarla al más interesado en ello por el honor de su nombre, etc... La impresión que estas revelaciones hicieron en el confiado amante, pueden suponerla cuantos le conozcan por estas páginas, ó porque realmente le hayan tratado. Aquel hombre de tan sosegada apariencia pasaba fácilmente de un abatimiento sombrío á un furor pueril. Rosalía le tuvo miedo cuando le vió entrar aquella tarde, tres horas después de haberse ido Amparo á su casa, pasada la escena del desmayo. Fué la tarde del lunes.

En breves palabras contó Agustín á su prima lo que le habían dicho, y poniéndose de un color increíble, apretados los dientes y crispadas las manos, dijo: «Si es mentira, el perro que lo inventó me la ha de pagar.

—Vamos, vamos, cálmate, por amor de Dios... —le dijo Rosalía.—Si te pones así... si te ofuscas, quizás veas las cosas más negras de lo que son. En estos casos graves cada cual debe portarse como quien es, y tú eres un caballero decente y juicioso.

—Por tu modo de hablar—dijo Agustín sin aplacarse,—vengo á comprender que tú también lo sabías... y ésta es la hora en que ni tú ni Bringas me habíais dicho una palabra, al menos para ponerme sobre aviso.

—Nosotros—replicó la dama con dignidad altanera,—no tenemos por costumbre hablar de lo que no nos interesa, ni dar consejos á quien no nos los pide. ¿Cómo querías que nos arriesgáramos á desconceptuar á una persona de nuestra familia, cuando con ello te dábamos un golpe mortal, y cuando no teníamos tampoco seguridad del hecho, ni podíamos darte pruebas?... Comprende,

hijo, que esto es grave... Y dí una cosa: al fijarte en ella para hacerla tu mujer, ¿nos consultaste á nosotros sobre punto tan delicado, como parecía natural? Nada de eso. Allá tú lo arreglaste solo, y cuando nos percatamos de ello ya lo tenías muy bien guisado y comido.»

Al decir esto y lo que siguió, cualquiera que atentamente observara á Rosalía, podría haber sorprendido en ella, junto con el deseo de convencer á su primo, el no menos vivo de hacer patente su hermosura, realzada en aquella ocasión por el esmero del vestir y por aliños y adornos de buscada oportunidad. Cómo enseñaba sus blancos dientes, cómo contorneaba su cuello, cómo se erguía para dar á su bien fajada cintura esbeltez momentánea, eran detalles que tú y yo, lector amigo, habríamos reparado, mas no Caballero, por la situación en que su espíritu se hallaba.

«Y no creas—añadió Rosalía con semblante triste:—nos ha llegado al alma que no consultaras con nosotros un asunto en que podría comprometerse tu honor... No has tenido presente lo que te queremos, lo que nos interesamos por tí.

—Voy á verla—dijo Agustín con repentino arranque, y sin hacer caso de las ternuras de su prima.—Será conveniente oirla á ella...

—Creo que pierdes el tiempo si vas á su casa —manifestó Rosalía acudiendo diligente á contener aquel natural impulso.—No la encontrarás. Yo sé que no la encontrarás...»

Caballero la miraba como lelo.

«Tengo motivos para saberlo, y no te digo más—añadió con estudiada frialdad la Bringas. —Vete á tu casa y no te muevas de allí, que la misma Amparo irá á verte y á pedirte perdón... Así al menos me lo ha prometido. ¡Pobrecilla!

Esta mañana la he tenido aquí, y te juro que peor rato no he pasado en mi vida. Daba compasión verla y oirla. ¡Dios mío, qué lágrimas, qué suspiros! Se me desmayó en el cuarto de la labor y tuve que traerla aquí. Era una Magdalena, una infeliz arrepentida... Lo que más le duele, hijo, es haberte engañado. No debes tratarla mal; no debes ensañarte con ella, porque su dolor es muy grande... cree que la vas á matar... Ya le dije que no eres un Otelo y que no te dará tan fuerte. Me ha prometido ir á tu casa y darte leales satisfacciones. Bien sabe la pobre que ya no puede ser tu mujer; pero el desprecio tuyo la enloquece... Es una desgraciada que, en medio de sus desvaríos, conserva cierto pudor...»

Agustín dió dos vueltas sobre sí mismo, síntoma de horrible desesperación, como lo es de la embriaguez. Se fué sin añadir una palabra más y se metió en su casa. Arnáiz y Mompous fueron aquella noche á jugar al billar, y durante el juego afectaba el indiano gran tranquilidad. Hasta se le vió más comunicativo que de ordinario.

Al día siguiente, martes, día de lluvia y tristeza, Agustín pasó toda la mañana dando vueltas en su despacho. Esperaba alguna visita de interés sin duda; pero la que recibió fué la de Rosalía, muy guapetona, muy remozada, muy fresca y tan bien puesta como cuando iba al teatro.

«Tú no estás bueno—le dijo con afectuosa confianza.—Lo comprendo, porque estas cosas impresionan. Creo que debes serenarte y procurar dar todo al olvido... ¡Un hombre como tú!... Sí, encontrarás mujeres á millares... y mil veces más guapas, mil veces más interesantes... ¿Y qué? ¿Ha venido? Presumo que no, porque mandé recado á su casa y no está allí ni sabe nadie su paradero. Te juro que me causa una pena... ¡pobrecilla!... Después de todo, no tiene mal fondo. Entre estas desgraciadas, las hay con excelente natural y hasta con asomos de dignidad. Lo que es á guardar las apariencias no hay quien gane á ésta.»

Como él no le contestara nada, pues parecía más atento á las flores de la alfombra que á los dichos de su prima, ésta hubo de dar otra dirección á su afectuosidad.

«Repito que no estás bueno. Tienes color de cardenillo... ¿A ver el pulso? Ardiendo... Reposo, hijito, reposo es lo que te conviene. No recibas á nadie, no hables, no escribas. Echate en el sofá y abrígate con la manta de viaje. Yo te cuidaré, pues por tu salud bien puedo dejar todas mis obligaciones. Te haré refrescos; me estaré aquí todo el día, y si te pones verdaderamente malo, me quedaré también toda la noche.»

Agustín rechazaba la idea de enfermedad. Entre una y otra pausa, deslizaba Rosalía advertencias y amonestaciones llenas de dulzura y amistad... «No lo tomes tan fuerte... ¡Si hubieras consultado á tiempo conmigo!... Lo mejor es que te acuestes... tienes frío.»

Más tarde, mucho más tarde, Agustín, interpretando sin reserva lo más espontaneo y natural que en su alma existía, se dejó decir estas graves palabras:

«Esa mujer se me ha clavado en el corazón, y no puedo arrancármela.»

Al oir esto, Rosalía se quitó la cachemira y quedóse en cuerpo. Hacía calor. Para consolar á su primo echó retahilas de frases, llenas de cariñosas y bien pensadas expresiones. En medio de ellas salió á relucir doña Marcelina Polo, única

persona que podía dar noticias irrecusables del hecho, como poseedora de testimonios escritos.

«¿En dónde vive esa señora?—dijo Caballero con ímpetu.—Ahora mismo voy allá.

—Es muy tarde. Por Dios, no te pongas así. Pareces un personaje de novela. Esa señora y las que viven con ella se acuestan á la hora de las gallinas. Mañana podrás ir, pero no muy temprano, porque desde el alba se van las tres á la iglesia. Lo mejor es que le mandes un recado con Felipe para que te fije hora.»

Entró don Francisco que venía de su paseo.

«¿Qué tal?...

—Le digo que se meta en la cama y no quiere hacerme caso.

—¿Apostamos á que todo es calumnia?—indicó el bondadoso Thiers.»

Agustín les rogó que se quedaran á comer, lo que ellos aceptaron de buen grado. Centeno fué á la Costanilla á decir á Prudencia (alias Calamidad) que diera de comer á los pequeños, porque los papás no volverían á su casa hasta muy tarde.

XXXVI

¡Miércoles!... Digno sucesor del día precedente, fué todo humedad y penumbra, el cielo llorando, la tierra convertida en lago sucio y espeso. Creeríase que una gran masa de chocolate gris se había derramado sobre las calles. Las móviles bandadas de paraguas iban por las aceras, cediéndose el paso con dificultad y cubriendo mal á las personas. Los chorros de los canalones tocaban sobre ellos redobles de tambor, y unos y otros se

embestían, se picoteaban, se arañaban. Veíanse sombreros parecidos á manantiales, y caras semejantes á las de los tritones y náyades de mármol que desempeñan el más húmedo de los papeles en las fuentes públicas... Miraba esto Agustín tras los cristales del balcón de su cuarto, y al compás de aquella tristeza del tiempo se cantaba á sí mismo esta elegía sin música:

«¿Por qué no te quedaste en Brownsville, bruto? ¿Quién te mete á tí en la civilización? Ya lo ves... á las primeras de cambio ya te han engañado. Juegan todos contigo, como con un rapaz ó con un salvaje. Cuando desconfías, te equivocas. Cuando crees, te equivocas también. Este mundo no es para tí. Tu mundo es el río Grande del Norte y la Sierra Madre; tu sociedad las turbas de indios bravos y de aventureros feroces; tu trato social el rifle, tu ideal el dinero. ¿Quién te mete en estos andares?

—Señor—dijo Felipe entrando en la habitación,—doña Marcelina está en la iglesia. Otra señora que vive con ella, y á quien yo conozco, me ha dicho que puede usted ir á las doce.»

Don Francisco no tardó en aparecer, la cara risueña y el carrik mojado. Su esposa estaba atareadísima con el vestido de baile, y no podía venir hasta después de mediodía. Hablando luego de lo que tanto perturbaba al indiano, Thiers sacó á relucir lo más atenuante y conciliador que le sugería su bondad. Todo era calumnia, y más valía que Agustín no se metiese en más averiguaciones. Mucho le entristeció lo que le dijo su primo: «Una de dos: ó me vuelvo á Brownsville, ó me pongo el mundo por montera.»

Almorzaron juntos, y antes de que el almuerzo concluyera, Bringas se levantó de la mesa con